

La historia social: entre la globalidad y la especialización

Notas metodológicas

Javier Mac Gregor Campuzano*

I

Una de las preocupaciones más frecuentes de los historiadores cuando reflexionan sobre su materia de análisis, la historia, ya sea en forma retrospectiva o frente a un problema de investigación particular, es la metodología.

Gran cantidad de manuales, e incluso varias revistas especializadas en esta materia (por ejemplo, la cuatrimestral *Historical Methods*), nos muestran el intenso trabajo de evaluación y proposición que conlleva el debate metodológico. Lo anterior se explica, primero, por la diversidad y cantidad de aspectos determinados como relevantes por las distintas escuelas historiográficas, lo cual hace imposible la tarea de jerarquizarlos todos mediante los mismos principios ordenadores. Por otra parte, el continuo avance de las ciencias sociales en general, y de la ciencia histórica en particular, obliga a la actualización y a la innovación permanente de los problemas por discutir, así como de las formas de acercarse a ellos.

La obsesión por el “método científico”, trasladado de las ciencias naturales a las ciencias sociales principalmente a través de las corrientes positivistas, hacía

* Profesor asociado, Área de Historia del Estado y de la sociedad, Departamento de Filosofía, Universidad Autónoma -Iztapalapa.

suponer que sin la adecuación de procedimientos tomados de las consideradas ciencias “duras”, se corría el riesgo de generar conocimiento inútil o, al menos, metafísico.

El archimencionado “mostrar sólo lo que realmente aconteció”, paradigmático para el positivismo alemán de finales del siglo pasado y comienzos del presente, muestra lo anterior de manera nítida. De acuerdo con esto supondríamos que las soluciones metodológicas se encuentran interiorizadas en el historiador, y hallan en éste destreza de manejo y claridad en el procedimiento. Sin embargo, parece que no es así.

Cuando L. P. Curtis invitó a un grupo de historiadores profesionales de Inglaterra y Estados Unidos a participar en un taller para discutir e intercambiar opiniones acerca de su actividad, preocupaciones y, principalmente, su método, encontró, entre las negativas, algunas sorprendentes por su sinceridad. Un historiador inglés le respondió:

Además, soy muy malo para escribir acerca de métodos... porque no tengo ninguno. Sólo una vez he escrito un libro mío, basado en investigación y decidí no volver a hacerlo nunca.

Otro historiador estadounidense fue más explícito:

Su proposición es maravillosa. Si todos los colaboradores satisficieran realmente su petición, la profesión histórica quedaría quebrantada hasta los cimientos. Lo que hoy tan sólo sospechamos quedaría comprobado incuestionablemente: que nadie procede como los manuales de investigación dicen que procedemos.¹

Así, pese a la cantidad de manuales y revistas especializadas en problemas metodológicos, en el

fondo, parece que la máxima positivista de “mostrar sólo lo que realmente aconteció” sigue campeando en este medio, pues representa una preocupación orientada hacia las técnicas y no hacia los aspectos metodológicos propiamente dichos, por no mencionar los aspectos teóricos. Como señala Raphael Samuel, a los historiadores no les gusta teorizar:

Cuando se enfrentan a dificultades conceptuales buscan instintivamente los “hechos” y, en vez de malgastar el tiempo en especulaciones filosóficas, prefieren poner manos a la obra.²

La preocupación por las formulaciones teóricas y sus complejas imbricaciones con las metodológicas, y las técnicas en ese proceso integral que es la investigación histórica, encuentran menos seguidores entre los especialistas que los apasionados por la monumentalidad documental, —muy respetable, por otra parte—. Sin embargo, a partir de una idea muy conocida de E. H. Carr sobre la relación entre la historia, el hombre y su circunstancia, destacamos que:

...la relación del hombre con el mundo circundante es la relación del historiador con su tema... la relación entre el historiador y sus datos es de igualdad, de intercambio. Como todo historiador activo sabe, si se detiene a reflexionar acerca de lo que está haciendo cuando piensa y escribe, el historiador se encuentra en trance continuo de amoldar sus hechos a su interpretación y ésta a aquéllos. Es imposible dar primacía a uno u otro término.³

No se trata de entrar en los detalles de una discusión acerca de las características del proceso de elaboración del conocimiento histórico ni de la inte-

relación entre los distintos elementos que la componen (teoría, métodos y técnicas), aun cuando está presente de alguna manera en lo que sigue. Queremos, sencillamente, dejar constancia de que un artículo sobre metodología no puede partir del desconocimiento del proceso global que lo embarca y le da sentido.

II

No está por demás hacer un intento de clarificación conceptual. De la tríada mencionada en el punto anterior, la parte enfocada a definir el concepto de método es quizá la menos nítida, pues va más allá de cualquier estadio intermedio. De acuerdo con la caracterización de Tuñón de Lara:

...los métodos pueden ser los conjuntos de operaciones intelectuales, de ordenación y de evaluación de la materia prima de la historia (fuentes), para aplicar unas técnicas que nos permitan conocer los objetos históricos que nos hemos propuesto conforme a unas hipótesis.⁴

Puesto que pretendemos señalar algunas posibilidades efectivamente metodológicas para el desarrollo de esta disciplina, procederemos, a la acotación del campo en referencia, así como a la determinación de sus principales particularidades.

El concepto de *historia social* ha sido objeto de los más diversos análisis, algunos de los cuales se han vuelto verdaderos clásicos. En su artículo "Historia social e ideologías de las sociedades", Georges Duby señala lo que considera que debe ser el objeto específico de este concepto, en un sentido cuya

globalidad rebasa el campo de la historia, aun cuando ésta desempeña un papel fundamental:

Una de las tareas principales que corresponden en la actualidad a las ciencias de los hombres es, pues, la de medir, en el seno de una totalidad indisociable de acciones recíprocas, la presión respectiva de las condiciones económicas y, por otra parte, un conjunto de convenciones y preceptos morales, de las prohibiciones que esgrimen y de las vías de perfección que proponen.⁵

A partir de esta determinación, los denominados sistemas de representación nos conducen al estudio de las ideologías. Para Georges Duby, la indisociabilidad de los aspectos económicos ideológicos adquiere una dimensión diferente, pues no admite ningún tipo de determinismo económico. Recomienda mantener esta visión globalizadora, pues los problemas principales de la historia social son inexplicables sólo desde el punto de vista de la determinación —incluso en última instancia— de la estructura económica.

Por otra parte, en un artículo escrito hace dos décadas donde hace un recuento de los 20 años previos de desarrollo de la historia social, Eric J. Hobsbawm⁶ señala los diversos campos en que la historia social había alcanzado grandes desarrollos: demografía y parentesco, estudios urbanos, historia de las "mentalidades", transformación de las sociedades, movimientos sociales y fenómenos de protesta social, clases y grupos sociales, etc. Precisamente este último campo había tenido el efecto más directo sobre la historia social (tomando a las clases no como un grupo aislado, sino como un sistema de relaciones tanto verticales como horizontales). Este carácter dinámico de las clases permite caracterizar

de manera más precisa el campo de estudio de la historia social: más que los patrones estructuro-funcionales “que resaltan lo que las sociedades tienen en común”, interesa estudiar lo que las diferencia,⁷ con lo que P. Vilar estaría de acuerdo al advertir al historiador marxista que:

esta palabra marxista tendría que implicar la estricta aplicación de un modo de análisis teóricamente elaborado a la más compleja de las materias de la ciencia: las relaciones entre los hombres, y las modalidades de sus cambios.⁸

De esta forma —a riesgo de mezclar posiciones teóricas distintas, o hasta encontradas— hay dos aspectos de la historia social que nos interesa destacar: la historia social en un sentido global y la característica del cambio, que asume muchas veces —momento privilegiado para el análisis, según Duby— el papel de conflicto social, producto de antagonismos y contradicciones en el seno de la sociedad estudiada.

Lo anterior nos permite distinguir diferentes formas de la historia social, todas ellas importantes y fértiles, pero con énfasis distintos, tales como la de E. Shorter sobre la familia;⁹ la de Lawrence Stone, también sobre la familia pero con una propuesta de análisis prosopográfico;¹⁰ la de H. Perkin, quien destaca cinco aspectos fundamentales en la historia social —ecología social, clase, funcionamiento del cuerpo político, patología social y psicología social,¹¹ a los cuales el autor ubica en un contexto orgánico distinto al que aquí desarrollamos—. Las particularidades mencionadas no deben cerrarnos la visión de las grandes y variadas posibilidades de desarrollo para la historia social. Como señala Olivier Zunz en su presentación a una



obra fundamental de la historiografía social en cinco regiones del mundo increíblemente disímboles (África, China, Europa, Estados Unidos y América Latina):

[En periodos muy amplios] quizás los historiadores sociales no están plenamente preparados para dismantelar las defensas que les permiten operar dentro de los límites de una ideología acordada (*agreed-upon ideology*), un compromiso con la técnica y un bien circunscrito periodo y especialidad. Pero la necesidad de salirse de los campos intelectualmente confinantes y establecer más amplias conexiones se siente en todos lados, y el creciente reconocimiento que las tradiciones se extienden a través de lo que alguna vez fueron consideradas como fronteras nacionales impermeables hace tal expansión imperativa.¹²

III

Historia global y cambio. Conflicto social. Al margen de la diversidad de escuelas que pueden tocar estos temas, en este artículo analizaremos, aunque sea de manera panorámica, las aportaciones que la escuela marxista británica ha realizado para el desarrollo de la historia social. De entrada, conviene señalar un aspecto fundamental en el estudio de esta corriente, y es que a pesar de no presentar un planteamiento metodológico como punto de partida, dentro de la propia investigación histórica, el método, la categorización y la diversidad de las fuentes se observan de manera clara. Las partes integrantes de las investigaciones de esta escuela se encuentran tan orgánicamente integradas que, por ejemplo, en un estudio sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII o en el estudio de la transición al capitalismo, cada una de ellas resalta con fuerza y claridad singulares.

Perry Anderson, en la continuación de su estudio acerca de la denominada tradición del marxismo occidental a partir de la década de los setenta, afirma que desde esa década hay un cambio en el patrón geográfico de la teoría marxista; el centro de atracción de los países latinos (Francia, Italia, España) se traslada hacia lo que denomina la nueva hegemonía angloamericana en el materialismo histórico.¹³ Por otra parte “al menos en Inglaterra, el marxismo como fuerza intelectual ha sido prácticamente sinónimo del trabajo de los historiadores”,¹⁴ [aun cuando en Estados Unidos la historiografía ha sido también el sector principal].

Esto nos permite hablar de la tradición de la historiografía marxista británica,¹⁵ que data de tiempo al menos desde la década anterior (si bien algunos autores la ubican desde Maurice Dobb); y precisamente ante la crisis del marxismo y los quiebres políticos en las organizaciones de izquierda en los países con aparente mayor fuerza, dicha tradición muestra su vigor y consistencia.

Decía Pierre Vilar: “pensarlo todo históricamente, he aquí al marxismo”.¹⁶ En ninguna otra corriente historiográfica esta convergencia se encuentra tan nítidamente sintetizada. En general, se considera que la parte medular de esta tradición se encuentra en los trabajos de Edward P. Thompson, E. Hobsbawm, Christopher Hill y Rodney Hilton, sin discutir la ubicación de autores como Maurice Dobb,¹⁷ Raymond Williams y Georges Rudé; o de John Foster, Perry Anderson y Gareth Stedman Jones,¹⁸ e incluso los trabajos del History Workshop, fundado en el Ruskin College de Oxford, en 1966.¹⁹ El tipo de historia realizado por estos autores, denominado *from the bottom up*, o “desde abajo”, pretende recuperar una visión que da voz a sectores generalmente

desatendidos por la historiografía tradicional, no sólo diversificando las fuentes y los métodos de la investigación, sino replanteando de manera frontal la relación entre teoría e historia.

La muestra más clara de lo anterior es *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra* de Edward P. Thompson, obra publicada en 1963 a la que acompañaron posteriormente una serie de ensayos (compilados en español en el libro *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*, 1979), además de otros numerosos trabajos anteriores a su radical oposición al estructuralismo Althusseriano, en *Miseria de la teoría*, y a sus más recientes escritos sobre pacifismo.

Desde el punto de vista metodológico, es significativa la forma en que Thompson desarrolla, a partir de la discusión sobre el carácter "patriarcal" o "paternal" de la sociedad inglesa en el siglo XVIII, una serie de conceptos e ideas que tienden, en sus propios términos, a una comprensión de la sociedad donde no se pueden comprender las partes "a menos que entendamos su función y su papel en su relación mutua y en su relación con el total". Estas categorías y conceptos, no definiciones teóricas apriorísticas, sólo cobran sentido en el marco de la dinámica histórica propia del fenómeno estudiado: clase social, lucha de clases, hegemonía cultural, etcétera.

Es muy conocida la caracterización que Thompson hace de la clase social como una categoría histórica, que la hace indisoluble del concepto de lucha de clases (previo y mucho más universal):

las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos-determinados (crucial, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), iden-

tifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico.²⁰

También en un trabajo de investigación histórica concreta —como el que realizaron Hobsbawm y Rudé sobre el levantamiento de los trabajadores agrícolas ingleses en 1830, genéricamente conocido como el Capitán Swing—,²¹ observamos un análisis global y una concepción desde el marxismo, que se sabe en la necesidad de —en palabras de DUBY— reconstruir los sistemas de representación en sus articulaciones con las relaciones sociales. El objetivo del libro, según los autores, es "reconstruir el mundo mental de un conjunto de personas anónimas y no documentadas, a fin de comprender sus movimientos, que también están sólo someramente documentados".

Lo mismo podríamos decir de la obra de Rodney Hilton sobre la caracterización de los movimientos campesinos, a la luz del levantamiento inglés de 1381; o en la de Christopher Hill sobre los movimientos radicales (*diggers, ranters, levellers* y otros) en el siglo XVII, o sobre los orígenes intelectuales de la revolución inglesa de ese mismo siglo; o bien de la obra de Eric J. Hobsbawm en sus muy variados trabajos sobre movimiento obrero; y de la de G. Rudé, quien analiza las relaciones entre ideología y conciencia de clase, ideología y protesta popular, así como el papel de la multitud y sus distintas formas de participación social, por ejemplo, a través del estudio de las revueltas campesinas y laborales en Francia e Inglaterra a lo largo de los siglos XVIII y XIX, etc. En fin, en estos



historiadores el conflicto social es utilizado no sólo como objeto de estudio importante en sí mismo, sino también como fuente de revitalización e impulso metodológico.

Estas concepciones tuvieron eco en Duby, como se observa en la siguiente cita:

...para la observación histórica, el momento privilegiado es aquel en que el combate (el autor se refiere aquí a periodos críticos) toca a su fin. La victoria va seguida, en efecto de acciones represivas, y de las encuestas, los interrogatorios y las sentencias encerradas en archivos judiciales y policiales, donde pueden recogerse buen número de informaciones.²²

Los denominados aspectos superestructurales cobran, así, una importancia capital, no por el simple recurso de una reinversión de los términos del análisis, sino por la expectativa de una explicación global que no subestima ninguna de las actividades fundamentales del hombre.

William Sewell, un autor que no encaja por completo en esta tradición, hace un aporte fundamental a esta manera de abordar la historia social. En un trabajo relativamente reciente, *Work and Revolution in France: The language of labor from the old regime to 1848*,²³ articula una perspectiva teórica que toma elementos de la nueva historia social, de la historia intelectual, de la “antropología cultural” y de algunas nuevas corrientes del marxismo, introduciendo nuevos tópicos de la historia del trabajo: urbanización, demografía, reclutamiento ocupacional, movilidad social, estructura familiar, etcétera.

Contra las ideas que interpretan la lucha de los trabajadores franceses del siglo XIX como movimiento de trabajadores en un sentido moderno o industrial, Sewell sostiene la idea de que:

Los temas y sentimientos originados en el sistema corporativo prerrevolucionario se mantuvieron centrales en la conciencia y experiencia de los trabajadores a través de todos los cambios de esta era marcadamente turbulenta.²⁴

La innovación metodológica, forma de demostrar la aseveración anterior que consiste en analizar la terminología corporativa, muestra “cómo la nueva visión socialista que los trabajadores estaban desarrollando en 1848 se fundaba sobre un viejo sentido de comunidad artesanal”. En un sentido amplio, este procedimiento se realiza sobre el *lenguaje del trabajo*,²⁵ y su sentido amplio se refiere a que no se

reduce a lo hablado y lo escrito, sino que otorga relevancia a las formas inteligibles de muchas otras actividades, eventos e instituciones (contenido simbólico y coherencia conceptual de todas las clases de experiencias de los trabajadores, lo que lleva a la adopción de ideologías políticas explícitas).

En general, afirma este autor:

...una historia de las acciones y conciencia de los trabajadores debe moverse constantemente hacia atrás y hacia adelante, entre la experiencia particular de los trabajadores y los patrones cambiantes de la sociedad más amplia —la forma del Estado, las principales batallas políticas, la naturaleza de las relaciones entre varias clases u órdenes, las ideas que forman el discurso público, y así en adelante.²⁶

De esta forma, esta corriente de pensamiento ha destacado una visión desmitificadora de la sociedad, en la que las relaciones de explotación no aparecen como algo natural e imperecedero, sino como parte de un proceso histórico que, en sentido integral, es también susceptible de ruptura y modificaciones. Una visión “desde abajo”, pero a la vez —paradójicamente— global.

Esto queda claro en planteamientos como el de Hobsbawm cuando menciona que “la historia social jamás podrá ser una especialización como la historia económica u otro tipo de historias, ya que su objeto de estudio no puede ser aislado”.²⁷

IV

Para terminar estas notas sobre la metodología de la historia social, presentamos una propuesta de análisis y práctica de investigación que ha resultado sumamen-

te fértil en la visualización de nuevos temas, problemas y técnicas de investigación, además nos provee de una pauta fundamental para el análisis comparado.²⁸

Pierre Vilar señala un doble proceso de investigación que un historiador involucrado con su materia no puede omitir: partir de la investigación a la teoría, implica el camino de la historia comparada al servicio de problemáticas teóricas; esto significa investigar *remontándose en la historia*. Pensar en todos los países.

Por otra parte, partir de la teoría a los casos:

Deber necesario: ¿qué sería una teoría que no ayudara al historiador a entender mejor *un país, un tiempo, un conflicto*, que, primero, no son para él más que casos? ¿Y qué no ayudará al hombre de acción (y no importa qué hombre, pues todos están interesados) a entender mejor *su país, su tiempo, sus conflictos*?

Deber difícil: desgraciadamente.²⁹

¿Cómo y qué comparar? Es deber ineludible del historiador social (del historiador en general) estar permanentemente actualizado en cuanto a nuevos tópicos, fuentes, propuestas metodológicas, debates académicos, etc. Y esto sólo es posible mediante el conocimiento constante y sistemático con la bibliografía y la hemerografía especializada.

Respecto a la bibliografía, se puede estar en continuo contacto con bibliotecas y centros de documentación especializados en historia social, o mediante la revisión de los boletines periódicos de información bibliográfica (tales como el *Historical Abstracts*). Pero, indudablemente, una forma más segura de estar al tanto —no en el sentido de “a la moda”, sino en cuanto a conocimiento continuo y riguroso— de los temas centrales, de las preocupa-

ciones recientes e, incluso, de apoyo en la elaboración de la interpretación propia, lo constituye la consulta de hemerografía especializada. En este aspecto, la historia social encuentra un campo de desarrollo gigantesco que crece sin cesar y se hace complejo continuamente.

Hemos mencionado ya la revista *Historical Methods* que informa sobre los adelantos, principalmente en las técnicas estadísticas y similares, de temas relacionados con la historia social: fertilidad, criminalidad, crecimiento urbano, etcétera.

La historiografía marxista británica se puede seguir principalmente, así como la evolución de sus contenidos temáticos y metodológicos, en revistas como *Past and Present*, *Comparative Studies in Science and Society* y *The Journal of Interdisciplinary History*, aunque, claro está, éstas no expresan sólo a miembros de esa tradición. Sus debates sobre problemas más recientes o contemporáneos se pueden seguir en la *New Left Review*, *Monthly Review* y *Science and Society*.

Otro tipo de publicaciones útiles para contemporizar con los métodos de la historia social (la relación no es exhaustiva): *History and Theory*; *The Journal of Social History*; *Social History* (distinta de la anterior editada por la Universidad Carnegie Mellon, ésta es publicada por el departamento de historia económica y social de la Universidad de Hull); *Journal of Family History*; *Journal of Urban History*; *Journal of History of Ideas*; *Journal of Popular Culture*; *International Labor and Working Class History*; el boletín del *History Workshop*, y otras.

La escuela francesa continúa con la publicación del transformado *Annales*, *Economies Sociétés Civilizations*,³⁰ y en España trimestralmente aparecen los

Estudios de Historia Social publicados por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de aquel país (el cual, por ejemplo, en los números 48-49 de enero-junio de 1989, incluye el tema monográfico de "estudios sobre rebeldía y represión").

En nuestro país encontramos una gran cantidad de revistas que, sin estar específicamente dedicadas a la historia social, presentan continuamente artículos sobre esta materia. Algunas de ellas son: *Secuencia* (del Instituto Mora); *Historias* (del INAH); *Relaciones* (del Colegio de Michoacán); *Historia Mexicana* (del Colegio de México); *A* (de la UAM-Azcapotzalco); *Iztapalapa* (de la UAM-Iztapalapa); *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México* (del IIH de la UNAM); *Estudios Mexicanos/Mexican Studies* (UNAM/Universidad de California); *Revista Mexicana de Sociología* (del IIS de la UNAM), y otras. Otras publicaciones periódicas que contienen frecuentemente artículos sobre historia social mexicana o latinoamericana son: *The Americas*; *Journal of Latin American Studies* e *Hispanic American Historical Review*.

Como podemos observar, las variadas posibilidades de actualización para el estudio de la historia social indica el intenso trabajo, incluso en zonas de gran especialización, que espera al historiador interesado en incorporar el conocimiento y los problemas que de manera continua y permanente se generan en historia social.

Lo enriquecedor del ejercicio, por otra parte, no se refiere sólo a la investigación en historia social propiamente dicha, sino que sirve para cualquier área de interés, e incluso, para periodos determinados, pues ¿de qué otra forma podemos acercarnos al método de la retrodicción (remontarse del efecto

a su causa hipotética), que propone, entre otros, Paul Veyne,³¹ sino por los medios de la analogía y la comparación.

V

No hay que confundir la distribución de cátedras en la Sorbona, con una clasificación de las ciencias.
PAUL VEYNE³²

Podríamos retomar la célebre expresión de Lucien Febvre (1941): "la historia que es, por definición, absolutamente social",³³ o siguiendo la idea de Cardoso y Pérez Brignoli, la de que "por su naturaleza y la evolución de su metodología, la historia social manifiesta una vocación de síntesis".³⁴

Sin embargo, también es posible observar cómo se agudiza la tendencia hacia la compartimentalización de los temas y tópicos que comprenden esta superficie: demografía, familia, parentesco, mortalidades, conducta desviada, urbanización, clases y estratos, protesta popular, movimientos sociales, etc. Y éstas a su vez pueden todavía subdividirse: teoría de los sentimientos, economía doméstica, prostitución, criminalidad, locura, etc. No nos detendremos demasiado en un problema que rebasa con mucho las posibilidades de este ensayo; sin embargo, el problema está presente. Volviendo a Duby, podemos decir que:

...todo esto fue para discernir problemas, para penetrar en todas las finezas de una dialéctica que pone en juego costumbre e innovación, una representación de la sociedad y el conjunto de un sistema de creencias.³⁵

No es posible una sujeción a un método predeterminado si no hay siquiera consenso sobre la priorización hacia la globalidad o la sectorización. El planteamiento de la escuela que aquí desarrollamos, congruente con su matriz teórica, destaca lo primero. Pero la historiografía apunta hacia lo segundo. Volviendo a la idea que inició estas notas, Veyne exclama: "la historia carece de método; pedid, si no, que os lo muestren". No queremos ir tan lejos, pero tampoco podemos ignorar experiencias como las de Ward:

Acaso sea un poco pueril, pero yo sigo pensando que el punto de vista que está implícito en el libro [sobre Andrew Jackson] es su cualidad más importante. Pero hoy, *a posteriori*, otra consideración parece igualmente importante. Y es, sencillamente, que el libro que fue publicado no es el mismo libro que yo me puse a escribir.³⁶

¿Un método? ¿Varios métodos? ¿Ninguno? Quisiéramos terminar este ensayo con la idea de un pensador, propulsor del anarquismo metodológico en la ciencia, quien, sin embargo, nos provoca más reflexiones pertinentes en nuestro campo de estudio:

Las normas compiten exactamente como las teorías compiten y nosotros elegimos las normas más apropiadas para la situación histórica en que se hace la elección. Las opciones rechazadas no quedan eliminadas. Sirven como correctivos y también explican el contenido de las ideas preferidas. El conocimiento así concebido es un océano de alternativas canalizadas y subdivididas por un océano de normas. Obliga a nuestro cerebro a hacer elecciones imaginativas y, así, le hace crecer. Hace que nuestra mente sea capaz de elegir, imaginar y criticar.³⁷

¿Es esto válido para las ciencias sociales? Habría que discutirlo, aunque es claro que cualquier ejercicio que pueda sacar del esclerosamiento en

que la imaginación del historiador se sume con frecuencia, es bienvenido y objeto de la más seria reflexión.

Notas

- 1 Ambas citas provienen de Curtis, 1975, pág. 15.
- 2 Samuel, 1984, pág. 48 del capítulo "Teoría e historia" escrito por el compilador.
- 3 Carr, 1978, págs. 39-40.
- 4 Tuñón de Lara, 1977, pág. 8. Este libro desarrolla una serie de temas y problemas fundamentales en el estudio de la historia social tales como los grupos sociales, élites, el conflicto social, el movimiento obrero y su historia como proyecto global, etc.
- 5 Duby, 1978, pág. 158.
- 6 Hobsbawm, 1976, págs. 61-94.
- 7 Hobsbawm, 1976, pág. 73.
- 8 Vilar, 1978, pág. 179.
- 9 Sobre la obra de Shorter, véase el libro de Anderson M., 1988, pág. 37-71.
- 10 Stone, 1986, 289 págs.
- 11 Perkin, 1973, págs. 439-449. Una crítica profunda a los planteamientos de la *social history*, a la que pertenecen los tres autores mencionados anteriormente, la realiza Josep Fontana para quien: "esta 'historia social' no tiene fundamentos teóricos propios, sino que se proclama ecléctica y se define por el instrumental metodológico que emplea, inspirado en su mayor parte por la sociología funcionalista. Característica esencial es la omisión —aparente— de todo lo político, en nombre de la consabida neutralidad". Para este autor, en el fondo lo que esta escuela realiza es una labor de encubrimiento ideológico en favor del estatus prevaliente. Fontana, 1982, pág. 172.
- 12 Zunz, 1985, págs. 9-10.
- 13 Anderson P., 1988, págs. 22 ss.
- 14 Anderson P., 1988, pág. 24.
- 15 Al respecto, véanse al menos los trabajos de Kaye, 1984, 316 págs. y de Corner, 1985, págs. 89-111.
- 16 Vilar, 1978, pág. 218.
- 17 Kaye, 1984, págs. 23-69.
- 18 Corner, 1985, pág. 101.
- 19 Sobre los trabajos de este taller, véase el volumen colectivo coordinado por Samuel, 1984, 317 págs., el cual nos habla del tipo de investigación realizada por miembros del mismo: cultura e historia popular, movimiento obrero, partidos comunistas, economía campesina, transición del feudalismo al capitalismo, colonización y descolonización, feminismo socialista, etcétera.
- 20 Thompson, 1979, pág. 37.
- 21 Hobsbawm y Rudé, 1978, 417 págs.
- 22 Duby, 1978, pág. 167.
- 23 Sewell, 1987, 340 págs.
- 24 Sewell, 1987, pág. 2.
- 25 Algo similar realiza Gareth Steadman Jones, en su análisis del lenguaje de clase, sobre la historia de la clase obrera en Inglaterra.
- 26 Sewell, 1987, pág. 13.
- 27 Hobsbawm, 1976, pág. 68.
- 28 En las notas que siguen, resultó fundamental el trabajo de sistematización con la hemerografía especializada realizado en el seminario "Teoría y Métodos de la Historia Social, Europa, siglo XIX", dirigido por la doctora Clara E. Lida en el Colegio de México.
- 29 Vilar, 1978, págs. 215-216. Subrayados de Vilar.
- 30 A la que J. Fontana critica acremente pues, según él, "finge preocupaciones progresistas y procura apartar a quienes trabajan en el terreno de la historia del peligro de adentrarse en la reflexión teórica, sustituida aquí por un conjunto de herramientas metodológicas de la más refuciente novedad y con garantía de 'cientificismo'". Fontana, 1982, pág. 200. Esta crítica nos parece exagerada, e injusta en lo general: la revista continúa —al menos en los temas que hemos desarrollad — altos niveles de calidad e interés.

- 31 Veyne, 1984.
 32 Veyne, 1984, pág. 191.
 33 Citado en Cardoso y Pérez Brignoli, 1979, pág. 295.
 34 Cardoso y Pérez Brignoli, 1979, pág. 295.
 35 Duby, 1978, pág. 176.
 36 Curtis, 1975, pág. 225.
 37 Feyerabend, 1985, pág. 300.

Bibliografía

- Anderson, Michael, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*, Madrid, Siglo XXI, trad. Carmen Santos, 113 págs. (Historia), 1988.
- Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*. México, Siglo XXI, trad. Eduardo Terrén, 141 págs., 1988.
- Cardoso, Ciro F. S. y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 439 págs. (Col. Teoría y Praxis, no. 35), 1979.
- Carr, Edward H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Seix Barral, trad. Joaquín Romero M., 1978, 217 págs.
- Corner, Paul, "Marxism and the British Historiographical Tradition", en Baranski, Zygmunt and John Short (eds.) *Developing Contemporary Marxism*, London, The MacMillan Press, 1985, págs. 89-111.
- Duby, Georges, "Historia social e ideologías de las sociedades", en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (dir.), *Hacer la historia*, vol. I, *Nuevos problemas*, Barcelona, Laia, trad. Jem Cabanes (Col. Papel 451, núm. 43), 1978, págs. 157-177.
- Curtis, Jr., L. P. (comp.), *El taller del historiador*, México, FCE, trad. Juan José Utrilla, 343 p., 1975 (Sección de Obras de Historia).
- Feyerabend, Paul, "VIII. Cómo defender a la sociedad contra la ciencia", en Hacking, Ian (comp.) *Revoluciones científicas*, México, FCE, trad. Juan José Utrilla, 1985, págs. 294-314, (Breviarios, núm. 409).
- Fontana, Josep, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 339 p., 1982, (Estudios y ensayos, 38).
- Hobsbawm, Eric J., "De la historia social a la historia de la sociedad", en *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, México, trad. Diego Sandoval E. (SepSetentas núm. 278), 1976, págs. 61-94.
- Hobsbawm, Eric J. y Georges Rudé, *Revolución industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, trad. Ofelia Castillo, 1978, 417 págs. (Historia de los movimientos sociales).
- Kaye, Harvey, *The British Marxist Historians. An Introductory Analysis*. Polity Press, Cambridge/Basil Blackwell, Oxford, 1984, 316 págs.
- Perkin, Harold, "Social history", en Stern, Fritz (intr. y ed.) *The varieties of history. From Voltaire to the present*, N. Y., Vintage Books, 1973, págs. 430-455.
- Samuel, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, trad. Jordi Beltrán, 1984, 320 págs. (Serie general, 134).
- Sewell, William H., *Work and revolution in France. The language of labor from the old regime to 1848*, Cambridge University Press, 1987, 340 págs.
- Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, 289 págs. (Historia).
- Thompson, Edward P., *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica, trad. Eva Rodríguez, 1979, 318 págs. (Crítica/Historia, 7).
- Tuñón de Lara, Manuel, *Metodología de la historia social de España*, Madrid, Siglo XXI, 1977, 272 págs. (Historia).
- Veyne, Paul, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza Editorial, trad. Joaquina Aguilar, 1984, 238 págs.
- Vilar, Pierre, "Historia marxista, historia en construcción", en Le Goff, Jacques y Pierre Nora (dir.) *Hacer la historia*, vol. I, *Nuevos problemas*, Barcelona, Laia, trad. Jem Cabanes (Col. Papel 451, núm. 43), 1978, págs. 179-220.
- Zunz, Olivier (ed.), *Reliving the past. The worlds of social history*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill and London, 1985, 334 págs.